

**EL NUEVO HOMBRE, EL CUAL ES UNO SOLO,
CUMPLE EL PROPÓSITO QUE DIOS TUVO AL CREAR AL HOMBRE**

(Viernes: sesión de la noche)

Mensaje seis

**La oración necesaria con miras a la realidad
y el aspecto práctico del nuevo hombre, el cual es uno solo**

Lectura bíblica: Lc. 11:1-13; Ef. 6:17-18; Col. 1:3, 9; 3:1-4, 15-17; 4:2, 12;
He. 2:17; 4:14; 7:26; 8:1-2; Ap. 5:6

I. El principio rector de nuestra oración debería ser que la oración nos introduce en Dios—Lc. 11:1-13:

- A. Cuando nuestra oración no nos introduce en Dios, está incorrecta, y no deberíamos continuar orando de esta manera.
- B. El resultado de la oración apropiada es que nos encontramos en Dios—vs. 2-4.

II. La experiencia que tenemos durante tiempos de oración genuina nos permite tocar la realidad del nuevo hombre, el cual es uno solo—Col. 1:3, 9; 4:12; Fil. 1:20-21a:

- A. Durante los tiempos de oración genuina, estamos en nuestro espíritu y somos un solo espíritu con el Señor; es en estos momentos que vivimos a Cristo—1 Co. 6:17; Fil. 1:20-21a:
 - 1. Nuestro vivir diario debería ser igual a la experiencia que tenemos en tiempos de oración genuina.
 - 2. La experiencia que tenemos en oración debería llegar a ser un modelo de nuestra vida cristiana diaria.
 - 3. Cuando oramos, entramos en comunión con el Señor y llegamos a estar conscientes del hecho de que verdaderamente somos un solo espíritu con Él y que Él realmente es un solo espíritu con nosotros—1 Co. 6:17.
 - 4. Si nos mantenemos en una condición de oración, estaremos fuera de la cultura y seremos un solo espíritu con el Señor, disfrutando Su presencia y viviéndolo de manera espontánea.
- B. Cada vez que experimentamos la oración genuina, nos encontramos fuera de nuestra cultura; particularmente, nos encontramos fuera de nuestra opinión cultural—Col. 3:10-11:
 - 1. Cuanta más oración genuina tengamos, más tendremos la experiencia de encontrarnos fuera de nuestra opinión cultural.
 - 2. Cuando oramos con otros de manera genuina, somos verdaderamente uno en el espíritu de oración:
 - a. Entonces, tocamos la realidad del nuevo hombre, el cual es uno solo.
 - b. Entonces, nos damos cuenta de que el nuevo hombre está constituido de Cristo solamente y que en esta esfera no hay diferencias de cultura.

III. Necesitamos perseverar en la oración porque la oración conlleva una batalla, un combate—4:2; Ef. 6:17-18:

- A. A fin de combatir del lado de Dios en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración.
- B. Por ser aquellos que estamos del lado de Dios, encontramos que todo el universo se opone a nosotros y, específicamente, se opone a nuestra oración—Col. 2:1-3:
 - 1. Casi todo en nuestro entorno es contrario a la oración.
 - 2. La resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros—Mt. 26:41.
 - 3. Orar es ir en contra de la corriente, la tendencia, que existe en el universo caído:
 - a. A fin de orar, debemos ir en contra de la corriente de nuestro entorno.
 - b. Si no oramos, seremos arrastrados por la corriente.
 - c. Sólo la oración nos capacita para ir en contra de la corriente; por tanto, necesitamos perseverar en la oración, es decir, orar con persistencia—Lc. 18:1-8.

IV. Perseverar en la oración con miras a un solo y nuevo hombre está relacionado con la paz de Cristo, con la palabra de Cristo y con el vivir en unión con Cristo—Col. 3:15-17:

- A. La paz de Cristo, la cual es Cristo mismo, ha hecho de los judíos y los gentiles un solo y nuevo hombre, y ahora deberíamos permitir que esta paz sea el árbitro en nuestros corazones con miras a la vida del Cuerpo y a la existencia práctica de un solo y nuevo hombre—v. 15.
- B. La manera en que Cristo ejerce Su autoridad como Cabeza y nos suministra Sus riquezas es por medio de Su palabra—2:19; 3:16:
 - 1. No debiéramos estar cerrados, sino que deberíamos abrir nuestro ser al Señor y a Su palabra, y estar dispuestos a ser llenos de la palabra de Cristo.
 - 2. Necesitamos permitir que la palabra de Cristo se mueva, actúe y esté en nosotros al dejar que todo nuestro ser sea empapado y saturado de la palabra de Cristo.
 - 3. A fin de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros con miras a un solo y nuevo hombre, necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones.
- C. Vivir en unión con Cristo significa que no estamos separados de Cristo en nuestro vivir; por el contrario, somos uno con Él y lo hacemos todo en Su nombre al conducirnos en el Espíritu—v. 17.
- D. Necesitamos ser gobernados por la paz de Cristo, ser habitados por la palabra de Cristo y vivir en unión con Cristo.

V. En Su ministerio celestial, Cristo está intercediendo, ministrando y ejerciendo la administración de Dios, y nosotros necesitamos ser aquellos que responden a las actividades de Cristo en Su ministerio celestial—He. 2:17; 4:14; 7:26; 8:1-2; Ap. 5:6; Col. 3:1-4; 1:9; 4:12:

- A. En calidad de Sumo Sacerdote, Él intercede; en calidad de Ministro celestial, Él ministra; y en calidad de Redentor con los siete ojos de Dios, Él administra el gobierno de Dios con miras al cumplimiento del propósito de Dios.
- B. El ministerio de Cristo en los cielos requiere nuestra respuesta—3:1-4:

1. Necesitamos llegar a ser en la tierra el reflejo del ministerio celestial de Cristo.
 2. Buscar las cosas de arriba significa que correspondemos al ministerio celestial de Cristo—v. 1.
 3. Cuando buscamos las cosas de arriba, respondemos al ministerio celestial de Cristo y lo reflejamos.
 4. El propósito de que vivamos con Cristo es que seamos uno con Él en Su intercesión por las iglesias, en Su ministerio del suministro de vida celestial a los santos y en Su administración del gobierno de Dios.
- C. Mediante nuestra oración le damos a Cristo, la Cabeza, una vía por la cual puede llevar a cabo Su administración por medio de Su Cuerpo—1:18; 2:19; 3:1-2:
1. Mientras la Cabeza obra en los cielos al interceder, ministrar y administrar, nosotros, el Cuerpo, realizamos en la tierra la obra de responder al ministerio celestial de Cristo y de reflejar lo que Él está haciendo—He. 2:17; 4:14; 7:26; 8:1-2; Ap. 5:6.
 2. Cuando oramos, somos un embajador celestial en la tierra, la extensión del reino de Dios—Col. 1:9, 12-13; 4:11-12.
- D. Si buscamos las cosas de arriba y tenemos una misma vida y un mismo vivir con Cristo, estaremos completamente ocupados con la empresa de nuestro Amo—3:1-4, 17:
1. Nuestro corazón estará con Él en los cielos, donde Él intercede por las iglesias, suministra a los santos y administra el gobierno de Dios.
 2. Deberíamos aspirar a ser uno con el Señor en Su ministerio celestial y a tener un corazón que es uno con el corazón de Él, y deberíamos anhelar ser uno con Él en Su sacerdocio, ministerio y administración.
- E. A fin de que el recobro sea el recobro *del Señor*, debe estar bajo la dirección de Él—Ap. 5:6; Ef. 1:19-23:
1. Entre Cristo en los cielos y nosotros en la tierra, hay una transmisión divina, una corriente celestial—v. 22.
 2. Si recibimos continuamente la transmisión divina, siendo infundidos de un suministro procedente del cielo y experimentando la transacción entre el Cristo celestial y nosotros, responderemos a la intercesión de Cristo, a Su ministerio y a Su ejercicio de la administración de Dios.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

ENTRAR EN DIOS POR MEDIO DE LA ORACIÓN

En Lucas 11:1-13 el Salvador-Hombre enseña en cuanto a la oración. Si leemos cuidadosamente esta sección, veremos que orar significa entrar en Dios por medio de la oración. Al oír esto, es posible que algunos digan: “No encontramos tal enseñanza en el ejemplo de oración establecido por el Señor Jesús. ¿Cómo puede usted decir que orar es entrar en Dios por medio de la oración?”. Aparentemente, este asunto no se ve en 11:1-13, pero en realidad, en estos versículos vemos que orar equivale a entrar en Dios por medio de la oración.

El versículo 1 dice: “Aconteció que estaba Jesús en un lugar orando, y cuando terminó, uno de Sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos”. No sabemos lo que el Señor dijo en Su oración. Cuando los discípulos le vieron orar, querían que Él les enseñara a orar. Entonces les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado

sea Tu nombre. Venga Tu reino. Danos cada día nuestro pan cotidiano. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos dejes caer en tentación” (vs. 2-4). He dedicado mucho tiempo a examinar estas palabras. Mi conclusión es que si oramos de esta manera una y otra vez, inevitablemente entraremos en Dios por medio de la oración. En otras palabras, como resultado de esta oración nos hallaremos en Dios.

Si oramos según lo que enseña el Señor en estos versículos, estaremos en Dios. Les animo a orar: “Padre, santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino”. Si usted ora así reiteradas veces, verá que se hallará en Dios. Esto es lo que entiendo y lo que he experimentado. Por experiencia puedo testificar que orar conforme a la instrucción del Señor es entrar en Dios por medio de la oración.

¿Qué debemos hacer una vez que hayamos entrado en Dios orando? Simplemente recibirle junto con Sus riquezas. Como seres humanos caídos, estábamos completamente fuera de Dios y no teníamos nada que ver con Sus riquezas. Por lo tanto, no podíamos disfrutar de Sus riquezas. Necesitamos entrar en Dios por medio de la oración y allí, estando en Él, recibirle a Él y Sus riquezas.

Algunos al oír acerca de la necesidad de entrar en Dios por medio de la oración con el fin de recibirle a Él y Sus riquezas, tal vez digan: “Antes de ser salvos, no estábamos en Dios. Pero ahora somos Sus hijos”. Como creyentes ciertamente somos hijos de Dios. Sin embargo, debemos reconocer que a menudo en nuestra experiencia no estamos en Dios. No permanecemos en Dios; no nos quedamos en Él. Por ejemplo, un hermano se enfada con su esposa antes de acostarse. A la mañana siguiente, se levanta estando fuera de Dios. ¿Qué debe hacer? Él debe entrar en Dios orando.

Sin embargo, suponga que el hermano ora así: “Padre, Tu eres justo e íntegro. Sabes que mi esposa está equivocada. Te pido que me vindiques”. Cuanto más ore así, más lejos estará de Dios en su experiencia. Debería orar así: “Padre, santifica Tu nombre. Venga Tu reino. Dame mi pan para este día, y perdóname como perdono a mi esposa. Padre, no me dejes caer otra vez en esa prueba”. Cuanto más ore así, más se encontrará en Dios. Esto demuestra que orar es entrar en Dios.

Con frecuencia nos distraemos y nos alejamos de Dios. Puede ser que un anuncio del periódico baste para distraernos y alejarnos de Él. Ya que nos distraemos fácilmente y nos alejamos de Dios, todas las mañanas debemos pasar un rato con Él y entrar en Él orando. No hay necesidad de que oremos describiendo detalladamente nuestros defectos. Es suficiente decir: “Padre, perdóname”. No hay necesidad de entrar en los detalles. La oración: “Padre, perdóname como yo perdono a otros” es inclusiva. Cuanto más ore así, más se dará cuenta de que ha entrado en Dios al orar, y en Él recibirá el suministro de vida. (*Estudio-vida de Lucas*, págs. 229-231)

RESPONDER AL MINISTERIO CELESTIAL DE CRISTO

Necesitamos ser aquellos que responden al ministerio celestial de Cristo. A lo largo de los siglos, Cristo ha procurado obtener un pueblo que responda a Su ministerio en los cielos, pero ha tenido poco éxito. Por Su misericordia y gracia, en la tierra hoy existe un grupo de personas en el recobro del Señor que responde al ministerio celestial de Cristo. Seamos aquellos que le decimos al Señor que somos uno con Él en este ministerio. Día y noche debemos responder al Cristo que está por encima de todo. Cuando respondo al Señor, diciéndole: “Amén, Señor”, tengo la profunda convicción de que Cristo está intercediendo y ministrando, que Él está transmitiéndome Sus riquezas e infundiéndome en mí el elemento de Dios. Tal transmisión e infusión me llenan y me motivan a entregarme más a los intereses del Señor. A veces me

siento tan gozoso que ni siquiera sé qué hacer. Esto es lo que significa buscar las cosas de arriba.

Si buscamos las cosas de arriba y somos uno con Cristo con respecto a ellas, no nos preocuparán la religión, la filosofía ni las enseñanzas éticas, todas las cuales son rudimentos del mundo. Lo único que nos preocupará será la intercesión que Cristo realiza por Su Cuerpo y que Sus riquezas sean transmitidas a Sus miembros. Tengo la plena certidumbre de que muchos de los santos que están en las iglesias locales experimentan la transfusión de las riquezas de Cristo. Debido a que experimentamos esta transfusión, no necesitamos la ética, la cultura ni la religión. Lo único que necesitamos es experimentar más unidad con Cristo en Su ministerio celestial. ¡Alabado sea Él por Su intercesión, por Su ministerio y por el tráfico que existe entre los cielos y la tierra!

Debe impresionarnos el hecho de que el Cristo que está en el cielo está sumamente ocupado. Considere cuántas iglesias locales Él cuida en todo el mundo. El ministerio que Cristo realiza en los cielos tiene como única meta edificar al Cuerpo y formar Su novia. Sin embargo, el ministerio de Cristo en los cielos exige una respuesta de nuestra parte. Nosotros debemos llegar a ser en la tierra el reflejo de este ministerio celestial. Cada vez que buscamos las cosas de arriba, estamos respondiendo al ministerio celestial del Señor y siendo un reflejo del mismo. Nuestra experiencia testifica de esto. Si en nuestras oraciones estamos dispuestos a poner a un lado los asuntos insignificantes y a ocuparnos solamente de las cosas de arriba, estaremos conscientes del tráfico entre nosotros y el Cristo que está en los cielos. Sentiremos que entre Él y nosotros fluye una corriente en ambas direcciones. Al orar de esta manera, se transfunden en nosotros las riquezas divinas. Esto nos capacita para ser uno con otros y para estar bien con todos. Esto también produce la renovación del nuevo hombre. Mediante la trasmisión y la transfusión celestiales, el nuevo hombre se produce de una manera práctica. Por consiguiente, el nuevo hombre no se produce con enseñanzas, sino por medio del tráfico, la transacción y la transfusión celestiales. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 573-574)

LA ORACIÓN Y LA GUERRA

Según lo dicho por Pablo en Colosenses 4:2, aquello que exige perseverancia es la oración. Debemos perseverar en la oración porque la oración implica una batalla, una lucha. Dios y Satanás son dos partidos contrarios que se oponen entre sí. El nombre Satanás significa "adversario". Satanás es tanto el enemigo externamente como el adversario internamente. Por un lado, él es el enemigo que intenta derrotar a Dios; por otro, él es el adversario dentro de la esfera de Dios que busca causar daño. Como adversario, Satanás se opone a Dios desde el interior de la esfera de Dios, del reino de Dios. Por eso la Biblia indica claramente que aun hoy en día Satanás tiene acceso al lugar donde se encuentra el trono de Dios. En el libro de Job, vemos que Satanás puede presentarse ante el trono de Dios y acusar a las personas delante de Él (Job 1:6-12). No resulta fácil entender por qué Dios permite que Su enemigo tenga tanta libertad. Según lo revelado en Apocalipsis 12:10, Satanás nos acusa día y noche.

Aunque la batalla que se libra en el universo es entre Dios y Satanás, hay una tercera parte que también está involucrada en este conflicto. Esta tercera parte la componen aquellos que Dios escogió y redimió, y son ellos quienes determinarán el resultado de la batalla. Si nos ponemos del lado de Satanás, Dios perderá, pese a que Él es todopoderoso. Dios es el Creador infinito y todopoderoso, y como tal, jamás se rebajará para combatir contra alguna de Sus criaturas. De ahí la necesidad de que el hombre, otra de Sus criaturas, luche contra Satanás. En un sentido muy real, Dios nos necesita. Sin nosotros, Él no podría combatir la

batalla contra Satanás. Él debe conservar Su posición como Creador. Ésta es la razón por la que Él necesita que nosotros llevemos adelante la obra concreta de la guerra.

Ahora bien, si hemos de combatir del lado de Dios en contra de Satanás, es necesario que perseveremos en la oración. Esta perseverancia es necesaria debido a que el curso del mundo entero se aleja de Dios. Es por eso que orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído. Perseverar en la oración es como remar en contra de la corriente. Si uno no persevera en remar, será llevado para abajo por la corriente. Sin lugar a dudas, el hecho de perseverar, ya sea para remar o para orar, nos demanda muchísima energía. El universo entero se halla bajo la influencia de Satanás y es contrario a la voluntad de Dios. De allí que exista una corriente poderosa en el mundo que es contraria a la voluntad de Dios. Nosotros, quienes estamos del lado de Dios, encontramos que todo el universo está en contra nuestra, y en particular, en contra de nuestra oración.

Muchas de las experiencias que tenemos a diario con respecto a nuestra oración comprueban que Satanás se vale de todos los medios posibles para impedir que oremos. Por ejemplo, es posible que suene el teléfono justo en el momento más importante de su tiempo de oración. Usted ha logrado entrar en el Espíritu al orar, y ahora está tocando los cielos. Justamente en ese momento, suena el teléfono y usted contesta sólo para darse cuenta de que la persona marcó el número equivocado. El espíritu de oración en el que usted se hallaba puede verse seriamente afectado por la molestia que le causó esta llamada. Otras veces somos interrumpidos por nuestros hijos, por personas que llaman a la puerta o incluso por nuestras mascotas. Debido a que tantas cosas se oponen a nuestra oración, definitivamente es necesario que perseveremos en oración.

LOS BENEFICIOS QUE RECIBIMOS DE LA ORACIÓN

Perseverar en la oración presenta muchos beneficios. Mediante la oración fijamos nuestra mente en las cosas de arriba. De hecho, orar es la única manera en que podemos fijar nuestra mente en las cosas celestiales. Cada vez que al orar fijemos nuestra mente en las cosas de arriba, no oraremos por asuntos superficiales; antes bien, nuestras oraciones se centrarán solamente en la intercesión, el ministerio y la administración que Cristo lleva a cabo en los cielos. Debido a que Cristo intercede por las iglesias que están en toda la tierra, nosotros también oramos por las iglesias. Dejemos que el Señor se encargue de todos los pequeños detalles de nuestro vivir. Nuestra responsabilidad radica en buscar primero el reino de Dios y Su justicia. Ya que el Padre sabe cuáles son nuestras necesidades, Él nos cuidará y nos dará lo que necesitamos.

Cuando fijamos nuestra mente en las cosas de arriba durante nuestros momentos de oración, llegamos a ser un reflejo del ministerio de Cristo en los cielos. Mediante nuestra oración, Cristo, la Cabeza, puede llevar a cabo Su administración por medio de Su Cuerpo. Cuando oramos, somos embajadores celestiales sobre la tierra en representación del reino de Dios. Sin embargo, cuando nos ponemos a chismear, no somos embajadores celestiales en lo absoluto. Es sólo cuando oramos que nos convertimos en embajadores del reino celestial aquí en la tierra de manera práctica.

Cada vez que oramos, entramos en el Lugar Santísimo y nos acercamos al trono de la gracia. Hebreos 4:16 dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Nos acercamos al trono de la gracia por medio de la oración, y cuando nos acercamos a dicho trono, recibimos misericordia y gracia para el oportuno socorro. Al acudir en oración al trono de la gracia, la misericordia y la gracia se convierten en un río que fluye en nosotros y nos abastece. ¡Cuán gratificador es esto! En realidad, experimentar el fluir de la gracia en nuestras oraciones resulta más

importante aún que ver nuestras oraciones contestadas. El que nuestras oraciones sean contestadas o no es algo secundario; lo primordial es que, desde el trono, la gracia pueda fluir como un río a nuestro ser.

Recibir este río de gracia equivale a cargar nuestra batería celestial con la corriente celestial. La corriente celestial, la electricidad divina, es el Dios Triuno como gracia que fluye del trono a nuestro interior. El suministro y gozo que este fluir nos proporciona es indecible.

Los cristianos hoy están debilitados porque sus baterías espirituales no están cargadas. Debido a que no oran lo suficiente, experimentan muy poco la trasmisión celestial. Una y otra vez durante el día necesitamos cargarnos con la corriente eléctrica divina. Ésta es ciertamente una recompensa por perseverar en la oración.

Otro beneficio de la oración está relacionado con nuestra comunión con el Señor. Todos amamos la presencia y la unción del Señor, y también amamos tener comunión con Él. Pero ¿cómo podemos disfrutar de la presencia del Señor y tener comunión con Él? La única manera es orar. Cuando oramos, entramos en comunión con el Señor y tomamos conciencia del hecho de que somos verdaderamente un solo espíritu con Él y que Él es un solo espíritu con nosotros. Cuanto más oramos, más experimentamos que somos uno con el Señor y más disfrutamos de Su presencia y tenemos comunión con Él. ¡Qué maravillosa recompensa!

Al principio siempre es difícil llevar una vida de oración apropiada. Pero si usted practica esto durante mucho tiempo, le será cada vez más fácil, debido a que comenzará a ver los beneficios de la oración.

Hemos visto que para llevar un andar cristiano normal, debemos fijar nuestra mente en las cosas de arriba, experimentar la renovación del nuevo hombre, dejar que la paz de Cristo sea el árbitro en nosotros y permitir que la palabra de Cristo more en nosotros. Sin embargo, estos cuatro asuntos requieren la oración; es decir, para practicarlos y experimentarlos, necesitamos orar. La oración nos introduce en la realidad de estos cuatro asuntos y nos mantiene en dicha realidad. (*Estudio-vida de Colosenses*, págs. 610-611, 613-615)